

dinámico de las representaciones, frente a una concepción tradicional de representación estática, pasiva, resultado de un proceso de producción cognitiva lineal: primero se recogen los datos observacionales, a continuación se aplican determinados marcos teóricos, y el resultado es una construcción representacional cerrada, definitiva. La actividad figurativa, por contra, se presenta como un complejo ejercicio de acomodación y síntesis —la expresión la toman de Pierre Duhem, cuyas ideas sobre la representación constituyen la base teórica de su enfoque— de datos y teorías, que a su vez tiene un componente teórico activo importante; se trataría de una *práctica teórica*, en definitiva (p. 172). Esta expresión recoge muy bien una idea que atraviesa todo el libro: la de que en el propio procedimiento de elaboración de representaciones, un proceso interactivo y negociado, hay ya una fundamental carga cognitiva. Crear o gestionar una representación visual, bien sea un diagrama o una gráfica, es en sí mismo un ejercicio de conocimiento, y no simplemente una forma neutral de despliegue de información.

En segundo lugar, este planteamiento da cuenta del carácter abierto e inacabado de la cultura visual en tanto que representación en un determinado programa de conocimiento. Ibarra y Zubia insisten en considerar las representaciones como elementos dinámicos, mudables, formando parte de un proceso abierto, bidireccional —circular, llegan a decir, de vaivén— en continuo reajuste. El componente visual no es un elemento mediador entre la realidad observada y la realidad construida teóricamente: es un elemento cognitivo más, interactivo y versátil. En este sentido, el ejemplo de las ilustraciones de la superficie lunar de Galileo es una muestra de cómo el papel de las imágenes en ciencia no es sólo el de representar la realidad, acomodándose miméticamente a ella, sino también, en gran medida, el de constituirla. Esta es una idea que se adapta especialmente bien al tipo de imágenes naturalistas que Gómez analiza en su trabajo, pero que concierne también a otros ejemplos de cultura visual discutidos a lo largo del libro, por ejemplo los mapas o las simulaciones.

El presente volumen, en conclusión, ha de considerarse como un primer esfuerzo por perfilar los contornos, aún difusos, de un área de investigación que se promete estimulante para los estudiosos de la ciencia de todas las disciplinas. Un avance importante en la elaboración de un proyecto de teorización sobre el «giro visual» desde una perspectiva epistemológica cada vez más necesario a estas alturas del debate sobre la relación entre conocimiento científico y cultural visual.

José Ramón Marcaida  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC  
joseramon.marcaida@cchs.csic.es

AMPARO GÓMEZ Y ANTONIO FCO. CANALES (EDS.), *Ciencia y fascismo. La ciencia de posguerra española*. Barcelona: Laertes S.A. de Ediciones, 2009.

El presente volumen se compone de artículos muy dispares, no siempre claramente relacionados con la temática sugerida por el título. En su artículo introductorio, Amparo Gómez (Universidad de La Laguna) plantea el asunto de las relaciones entre ciencia y fascismo analizando la historiografía reciente centrada en los casos alemán e italiano,

lo que le permite concluir que “las condiciones que, según el *Ethos* mertoniano o los requisitos de Polany, exige la actividad científica no son imprescindibles para el desarrollo de buena ciencia.” (p. 47) Es decir, que no es apropiado prejuzgar a los regímenes autoritarios como anticientíficos, pues la historia y sociología de la ciencia han desatado los lazos que habían asociado democracia e investigación científica – lazos y asociaciones ideológicos, pues se desarrollaron en gran parte en lucha contra el marxismo y el comunismo. La evaluación de los efectos del poder dictatorial sobre una disciplina –positivos o negativos–, habrá de dilucidarse en estudios concretos para casos particulares, a partir de los cuales tal vez puedan esperarse generalizaciones.

Tras esta primera parte introductoria, el resto del volumen, exceptuando el último capítulo, se dedica al caso concreto de la ciencia en el primer franquismo (es de lamentar, por cierto, que la editorial haya decidido omitir el subtítulo del libro en su portada, pues el lector no conoce el tema del mismo hasta que se ha adentrado en sus páginas). Habría sido de agradecer algún intento de definición del fascismo o alguna referencia a los debates sobre la identificación del régimen franquista con el fascismo; en lugar de eso, se trabaja directamente sobre la hipótesis de que el franquismo es un buen ejemplar para el estudio de las relaciones entre ciencia y fascismo. Dos artículos forman la segunda parte del libro, dedicada a “El régimen franquista.” En ellos Pere Ysàs (Universidad Autónoma de Barcelona) e Ismael Saz (Universidad de Valencia) tratan dos temas centrales en la historiografía del franquismo, como son el grado de consentimiento de los agentes sociales con respecto al régimen y las pugnas entre dos principales familias políticas, que habrían desembocado en las sucesivas crisis de gobierno del régimen. Los dos artículos son muy sólidos y de indudable interés, pero no aluden directamente al problema de la ciencia, sino que cumplen el papel de contexto para el resto de los artículos. Sin embargo, la historia de la ciencia y de la técnica puede aspirar a contribuir a la historia generalista, si se permite la expresión, y no sólo a nutrirse de ella como su contexto. Esto ayudaría a comprender mejor tanto las influencias de los regímenes políticos sobre las ciencias como las de las ciencias sobre aquellos, algo que ha logrado la historiografía de la ciencia y la tecnología en la Alemania nazi concediendo agencia, actividad intencional, a científicos e ingenieros en la elaboración y ejecución de las políticas del Tercer Reich.

La tercera parte del libro versa sobre “la política científica de la posguerra española,” título del artículo con el que se abre, escrito por Antonio Fco. Canales Serrano (Universidad de La Laguna), y contiene también artículos escritos por Inmaculada Perdomo Reyes (Universidad de La Laguna) y Margarita Santana de la Cruz (Universidad de La Laguna). De estas contribuciones, la primera logra separarse de trabajos ya existentes y ofrece datos y perspectivas nuevas sobre los orígenes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, haciendo hincapié en el papel jugado por la ideología nacional-católica. La generalidad de esta parte del volumen, obligada por su temática, hace que en las conclusiones de los artículos se distinga el plano ideológico de la actuación real del CSIC, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, renunciando a entrar en el estudio de ésta. Además, los tres autores parecen querer situarse en la visión positivista de las ciencias, cuyos efectos oscurecedores sobre la historiografía de los regímenes autoritarios rechazaba Amparo Gómez unas páginas atrás.

Queda aún por hacer una amplia labor en la historia de las ciencias en la posguerra española, en el sentido tanto de estudiar la práctica real de los científicos e ingenieros que quedaron en el país tras el diezmo de la Guerra Civil, el exilio y las depuraciones, como, sobre todo, de determinar las conexiones de esas prácticas con la ideología patentizada en las “políticas científicas” de la época.

A esto último se dedica la cuarta parte del libro, “disciplinas científicas,” que es, por tanto, la que más contribuye a iluminar las relaciones entre ciencia y fascismo para el caso de la posguerra española. En efecto, los cuatro artículos que la forman se centran en el estudio de los modos en que ciertas disciplinas se vieron afectadas por el cambio de régimen o se desarrollaron en su seno. Al tratarse de estudios de prácticas científicas concretas, estos artículos logran de un modo u otro mostrar algunas de las conexiones entre la situación política posbélica y las actividades científicas.

Raquel Álvarez Peláez (CSIC) explica las distancias de Gregorio Marañón respecto a las teorías eugenésicas, tan en boga en otros países, en virtud del catolicismo del prolífico médico, que habría puesto un freno a los excesos biologicistas de la época. Rafael Huertas García-Alejo (CSIC) presenta en su contribución una panorámica de la psiquiatría en la época a través de la figura de Antonio Vallejo Nájera; de nuevo, se trata de dilucidar de qué modos la asunción activa de la ideología nacional-católica por parte de Vallejo informó —dio forma a— sus concepciones acerca de la salud mental. El artículo de Antonio Polo Blanco (Universidad de Cádiz) indaga en las directrices político-económicas, demográficas, e ideológicas, que trazaron y asumieron médicos y pedagogos clave a la hora de planificar la formación de la juventud española, de importancia indudable en la definición de los nuevos hombres y mujeres españoles y, por tanto, en la comprensión histórica del franquismo. Por último, María Jesús Santesmases (CSIC) recoge algunos de sus trabajos previos para dibujar las líneas evolutivas de la biología española desde los días de la Junta de Ampliación de Estudios hasta finales de los años cincuenta. El análisis de las diferentes sub-disciplinas dentro de la biología le permite apuntar hacia desarrollos muy diferentes en función de intereses económicos o de grupos de investigación.

Aunque no todas las contribuciones de esta cuarta y última parte de *Ciencia y fascismo* son igual de valiosas, todas ellas se centran en las ciencias bio-médicas durante la posguerra española y ayudan a establecer los papeles jugados en cada caso por la nueva situación política, marcando el camino para estudios centrados en otras especialidades científicas o tecnológicas.

El último artículo del libro constituye también su última parte, llamada “ciencia y política,” y hace virar la perspectiva en la que se situaba el resto de la obra, pues nos transporta a democracias occidentales inmersas en investigación militar desde la Guerra Fría hasta el presente. Los co-autores son Brian Rappert (Universidad de Exeter) y Brian Balmer (University College de Londres), y, aunque sus conclusiones de tipo político-práctico quedan algo forzadas respecto de las premisas que van aportando, el grueso de su trabajo se basa en una revisión de la literatura existente sobre investigación militar ligada a los llamados “estudios de ciencia y tecnología.”

Este último artículo no se refiere directamente al tema titular, pero tiene la virtud de permitir al lector establecer las necesarias comparaciones con regímenes no dictato-

riales, y viene a reforzar la tesis defendida en el capítulo introductorio de Amparo Gómez frente al ideal de la ciencia mertoniano: la situación política (militar, económica, o social) no sólo restringe la producción científica y técnica, sino que también la dirige, o incluso la determina, sin que esto signifique que el resultado sea mejor o peor, o más o menos científico, cuestión que habrá que investigar en cada caso. Es decir, que los efectos de la política en las ciencias pueden ser negativos, pero también positivos, en el sentido de ofrecer contenidos a los campos científicos, instrumentos con los que trabajar a científicos e ingenieros, o modelos sobre los que desarrollar sus teorías: es ya clásico el caso de las deudas contraídas por la termodinámica con los motores y máquinas de la revolución industrial, así como con los *gentlemen* victorianos —defensores de su clase social y de su religión.

Admitir la existencia de investigación científica en sociedades que no consideramos modélicas no supone ningún tipo de valoración sobre ellas; ello sólo tendría significado axiológico para quien supusiera que la ciencia y la tecnología son intrínsecamente bondadosas, cosa difícilmente admisible en nuestro siglo. De lo que se trata es de comprender las interconexiones entre ciencia(s) y política(s) en un sentido amplio, para lo cual los regímenes autoritarios ofrecen un campo de estudio fértil, gran parte del cual está aún por cultivar.

Lino Camprubí  
UCLA  
linocamprubi@ucla.edu

JOSÉ LÁZARO, *Vidas y muertes de Luis Martín Santos*. Barcelona: Tusquets Editores, 2009.

El libro *Vidas y Muertes de Luis Martín-Santos* de José Lázaro, XXI Premio Comillas, nos extraña desde el título. Sólo tras la lectura de esta biografía entenderemos el plural de algo tan singular como la vida y la muerte. El autor deja muy claro desde la introducción del libro, en el apartado denominado *Testimonios*, que este libro en gran medida lo “escribieron” los excelentes testimonios de las personas entrevistadas para su realización y que fueron construyendo con sus opiniones las múltiples facetas de la poliédrica vida del protagonista: Luis Martín-Santos.

El autor, en su originalidad constructiva, comienza la novela desde el final, es decir, por la muerte de su protagonista. Muerte, que en las primeras páginas encierra cierto enigma. Otros enigmas aparecerán en diversos acontecimientos acaecidos en la vida de Luis Martín-Santos que el autor nos desvela siempre a través de las opiniones de las personas más próximas en cada uno de los acontecimientos enigmáticos. La muerte tuvo lugar en 1964, resultado de un accidente de tráfico. Desde el primer momento surgieron los rumores de posible atentado, accidente o suicidio. Sólo 10 meses antes había muerto su esposa intoxicada por gas-ciudad en su propio domicilio. También en este episodio hubo rumores de suicidio.

Luis Martín-Santos era hijo de general médico y de una madre que padecía esquizofrenia. Antecedentes que probablemente marcaron la vocación por la psiquiatría del